



¿Sueñan los **humanos** con un futuro **no apocalíptico**?

Reflexiones sobre **BLADE RUNNER**

Aliber Escobar



A partir de un análisis de *Blade Runner*, el presente artículo permite vislumbrar el ideal fallido de la cibernética en el siglo XXI, cuando la máquina fracasa o desarrolla funciones para las que no estaba programada, así como la complejidad de los vínculos sociales y los problemas que acarrea el abuso de las nuevas tecnologías.

El presente artículo pretende plantear las consecuencias de la cibernética desde una perspectiva actual, por lo que se dividirá en dos partes. En la primera expondré una breve introducción a la cibernética; en la segunda realizaré un análisis de *Blade Runner*, filme en el cual basaré una reflexión crítica sobre la postura ética del ser humano en la era cibernética, pues el abuso de la tecnología y el apoderamiento de la misma por parte del sistema dominante ha sido el camino hacia la pérdida de nuestra autonomía y la autodestrucción de nuestro ecosistema.

El filme de Ridley Scott, basado en la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick, trata sobre el ideal fallido de la cibernética, cuando la máquina fracasa o desarrolla funciones para las que no estaba programada, y sobre la complejidad de los vínculos sociales y los problemas que acarrea el abuso de las nuevas tecnologías. La película será de mucha utilidad porque, como representa la distopía cibernética por antonomasia, me permitirá exponer los motivos por los que sería pertinente reflexionar y asumir una postura ética sobre las consecuencias de la cibernética en el siglo XXI.

La novela

Philip Kindred Dick fue un literato de ciencia ficción nacido en Chicago en la tercera década del siglo XX, cuyas obras representaban la corriente desilusionista de la época. Tenía un legítimo interés en la ciencia, la política y en experimentar

MAN HAS MADE HIS MATCH
...NOW IT'S HIS PROBLEM

HARRISON FORD IS **BLADE RUNNER™**

JERRY PERENCHIO AND BUD YORKIN PRESENT
A MICHAEL DEELEY-RIDLEY SCOTT PRODUCTION

STARRING HARRISON FORD

IN BLADE RUNNER™ WITH RUTGER HAUER SEAN YOUNG

EDWARD JAMES OLMOSS SCREENPLAY BY HAMPTON FANCHER AND DAVID PEOPLES

EXECUTIVE PRODUCERS BRIAN KELLY AND HAMPTON FANCHER VISUAL EFFECTS BY DOUGLAS TRUMBULL

ORIGINAL MUSIC COMPOSED BY VANGELIS ASSOCIATE PRODUCER IVOR POWELL PRODUCED BY MICHAEL DEELEY DIRECTED BY RIDLEY SCOTT

ORIGINAL SOUNDTRACK ALBUM AVAILABLE ON POLYDOR RECORDS PANAVISION® TECHNICOLOUR® DOLBY DIGITAL™ IN SELECTED THEATRES



A LADD COMPANY RELEASE IN ASSOCIATION WITH SIR RUN RUN SHAW

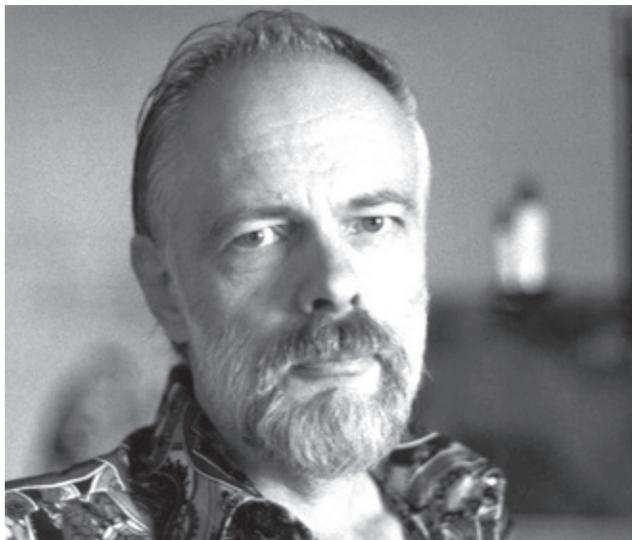
THROUGH WARNER BROS. A WARNER COMMUNICATIONS COMPANY

© 1982 The Ladd Company. All Rights Reserved.



RESTRICTED
UNDER 17 REQUIRES ACCOMPANYING
PARENT OR ADULT GUARDIAN

NBS 82007



Philip K. Dick.

con sustancias que alteraban la percepción, por lo que escribía relatos psicodélicos que versaban sobre el autoritarismo y el control gubernamental en un mundo apocalíptico, articulados con reflexiones sobre la fatalidad de un futuro dominado por el Estado y los avances tecnológicos.

Sus cuentos y novelas versan sobre un mundo futuro y decadente en el que se mezcla lo humano con lo artificial, lo real con lo delirante, y se adelantan a su época porque prevén las nefastas consecuencias de lo que a mediados de siglo se había bautizado como cibernética. Se puede reconocer en ellos un “estado singularmente depresivo del vínculo social” (Breton, 2000, p. 154), generado por la pérdida del control del ser humano sobre su entorno gracias al abuso de las nuevas tecnologías y al apoderamiento de las mismas por parte del sistema dominante.

Por lo anterior, las obras de Dick son muy útiles para reflexionar sobre la contradicción que implica pensar en un sistema perfectible a través de la inteligencia artificial.

La importancia de la cibernética consiste en que fungió como una ciencia que surgió en momento muy oportuno: un ambiente lleno de avidez por encontrar nuevas formas de comunicarse, de mejorar el vínculo social, acompañado de una necesidad de libertad y de nuevas experiencias mediante las que se intentaba escapar al control del Estado.

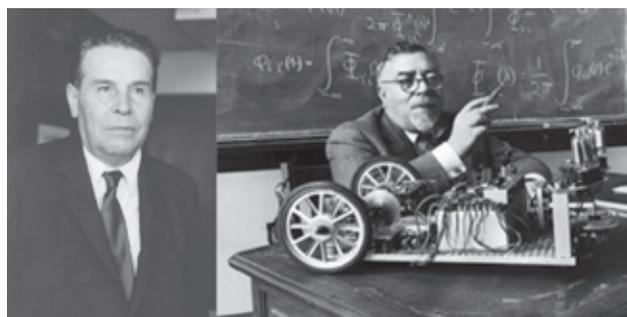
Sin embargo, a pesar de las grandes promesas e ilusiones, el devenir de la utopía comunicativa del siglo XX sería muy trágico, pues el principio de la autorregulación del sistema derivó en una paulatina pérdida del control por parte de los seres humanos, en la disminución de la libertad y en el desconocimiento del daño que el abuso de la tecnología hace al vínculo social.

● La cibernética

En la década de 1940 el ideal científico de progreso se veía trastocado por el uso de la ciencia para la destrucción masiva en la Segunda Guerra Mundial. En ese proceso, la imagen de los científicos se degradaba cada día más, por lo que la comunidad científica se percató de que era necesario transformarla. Fue así que Norbert Wiener y Arturo Rosenblueth propusieron la cibernética. Ésta es una disciplina que, como su nombre lo indica, pretende establecer el control y la autorregulación de la información en los sistemas de comunicación (véase Wiener, 1985).

Las atrocidades cometidas en la Segunda Guerra Mundial y el consecuente descrédito público de las instituciones produjeron una conciencia social a partir de la cual los científicos que fueron utilizados por el ejército para construir armas de destrucción masiva se percataron de que tenían una responsabilidad sobre el caos que habían provocado, y encontraron un motivo para distanciarse del Estado al proponer usos y aplicaciones de la ciencia para reconstruir la sociedad (véase, por ejemplo, el caso de Alan Turing).

Sus propuestas se asentaban en la institución de un orden artificial fundado en nuevos valores, que intentaría corregir el rumbo de la humanidad por medio de



Arturo Rosenblueth y Norbert Wiener.

la autorregulación informática. El proyecto consistía en construir máquinas para regular la comunicación de manera perfecta, y para ello creyeron que debían prescindir en la medida de lo posible de la intervención humana.

En esa época John von Neumann diseñó la primera computadora, que conllevaba el ideal de la inteligencia artificial como solución al caos imperante resultado del factor humano. Los fundamentos de esta autorregulación eran el control y la previsión, otorgados a las máquinas, dado el fracaso del ser humano para mesurar sus pretensiones de poder.

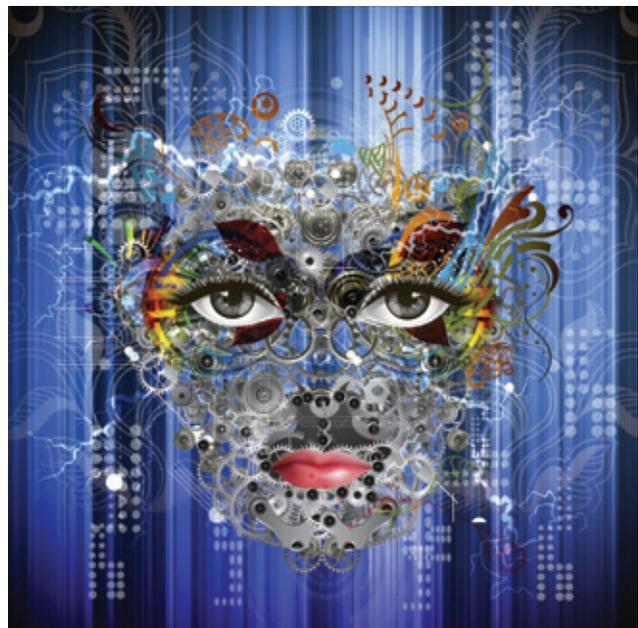
Es así como la invención de la computadora acompaña a la fundación de la cibernética; es decir, construye sus condiciones de posibilidad en la realidad, pues sólo a partir de su modelo de funcionamiento se puede pensar en una sociedad utópica global, donde todo pueda estar bajo control a través de un sistema de información autorregulado, que depende de cálculos matemáticos y algoritmos.

Este modelo también implica una nueva arquitectura del vínculo social, cuyo andamiaje será una estructura lógica constituida por la información, la interacción y la autorregulación, y cuyo modelo físico es el computador. De esta forma el hombre comienza a perder terreno en el ámbito de la comunicación, delegando sus facultades a las máquinas.

Sin embargo, tal pérdida no parece importar mucho al individuo en ese momento, porque a cambio la cibernética promete emanciparlo del autoritarismo destructivo que el gobierno mantuvo durante la Segunda Guerra Mundial. Se puede reconocer aquí la clave de su éxito, pues gracias a que prometía una sociedad libre del control del ejército y el Estado, una sociedad no manipulada que podría autogestionarse mediante un sistema computacional organizado por máquinas matemáticas, el individuo tendría la libertad de hacer o decidir sobre la información que se intercambiara, sobre los contenidos de los medios de información masiva, y así combatir al poder político y socavar al Estado.

Según Lesjek Kolakowski, se trataba de construir una sociedad libre de defectos, conflictos e insatisfacciones (Breton, 2000, p. 52). Pero para hacer esto posible, la cibernética tuvo que marginar al individuo e imponer un ideal de ser humano que lo despojaba

[...] la cibernética tuvo que marginar al individuo e imponer un ideal de humano que lo despojaba de su interioridad, y así tomó un mito fundador de la modernidad: la inteligencia artificial, para crear un hombre-máquina dotado de un cerebro-computadora que pueda autocontrolarse y domeñar las adversidades



de su interioridad. Así, tomó un mito fundador de la modernidad: la inteligencia artificial, para crear un hombre-máquina dotado de un cerebro-computadora que pudiera autocontrolarse y domeñar las adversidades (véase Chimal, 2007).

Por más contradictorio que pareciese, el objetivo del control de los intercambios por medio de un sistema informático no era otro que producir libertad, transparencia, participación, etcétera, con un nivel de predicción y determinación suficientes para mantener un orden duradero. Por eso era indispensable disminuir lo patológico dentro del sistema.

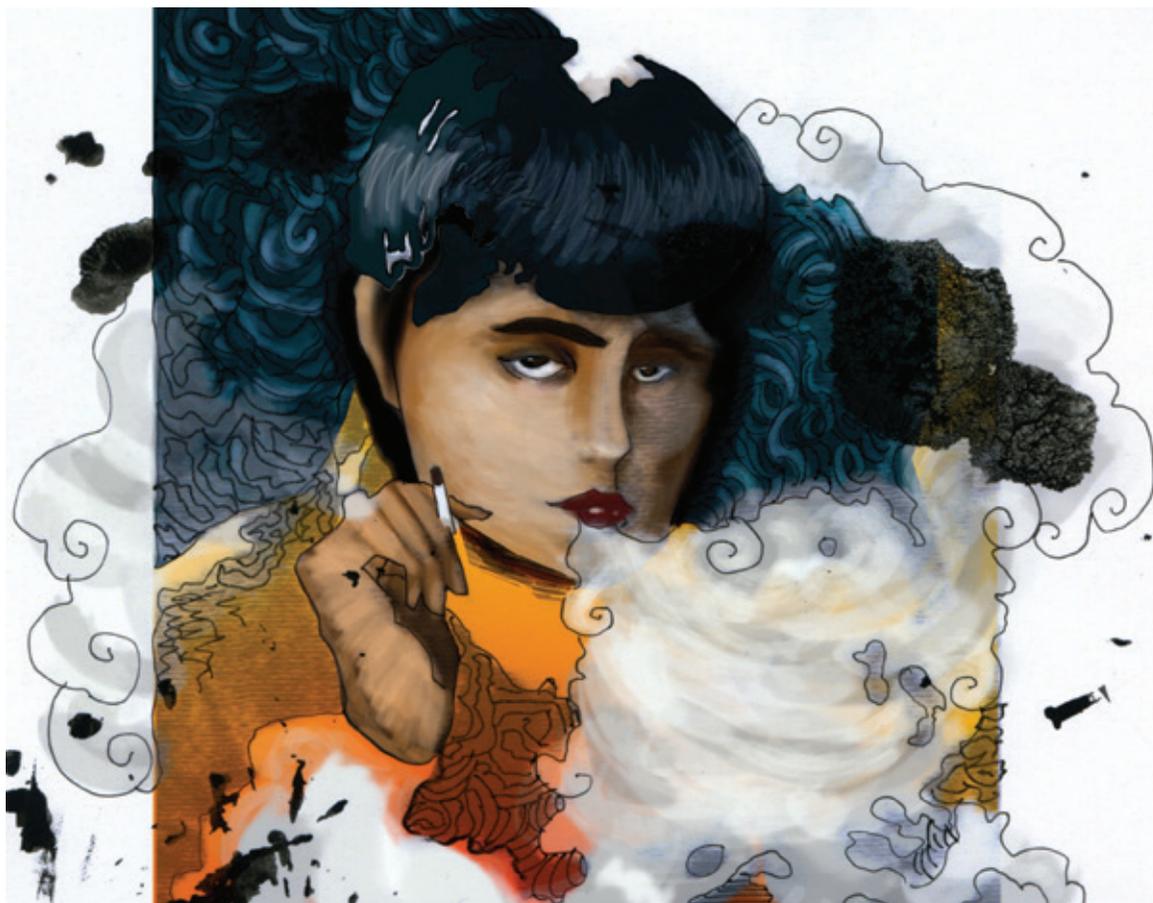
Es así como la cibernética hace de la comunicación un fundamento, un cálculo matemático y un valor. Y se convierte en una disciplina que, fundada en la lógica matemática, intenta, a partir de la información (también llamada “perfección”), combatir la entropía o imperfección inherente al sistema dominante y a la condición humana. Para ello requerirá de una nueva definición antropológica: el *Homo comunicans*, un ser social, producto de interacciones y hecho de información, que es despojado de su interioridad, de sus facultades básicas y reducido a un elemento resultado de las reacciones de los demás elementos del sistema.

Es comprensible que si el humano de Wiener no tiene interioridad, es decir, está hecho de meras interacciones y reacciones, producto de la información que intercambia con el sistema, es porque el científico considera que la única manera de disminuir la entropía consiste en aumentar la autorregulación y el control vía la matematización. Es decir, Wiener sabe que la condición del ser humano es entrópica y, por ello,

para liberarlo de sus tendencias autodestructivas, el sistema debe estar lo más controlado posible por máquinas que limiten el caos. En otras palabras, Wiener sabe que debe artificializar al humano para poder moderarlo, pero eso implica despojarlo de muchas de sus cualidades inherentes, entre ellas su libertad.

El estatuto que la cibernética da a la interioridad del hombre es nulo, pues intenta incentivar el lado externo, comunicativo, racional y social del sujeto, y limitar su lado interno, afectivo, pasional y emocional como medida para restringir la entropía.

Visto desde esta perspectiva, parece lógico que uno de los objetivos principales de la cibernética fuese eliminar la interioridad, puesto que desde la Antigüedad los motivos o fuerzas ocultas que llevaban al ser humano a realizar diversas acciones en contra del orden social habían sido circunscritas a impulsos irracionales, a inclinaciones enigmáticas e inexplicables. Es así que desde la *Ate* homérica hasta el *inconsciente* freudiano, el humano ha nombrado y combatido aquellas fuerzas



internas o externas que van en contra de lo que se cree deben ser su razón y voluntad conscientes –coadyuvantes del bienestar común– y que regularmente desintegran el lazo social.

Por eso para Wiener el ser humano no actúa ni es actuado; más bien reacciona ante la reacción de otros seres humanos. Y se concibe como un elemento del sistema que no tiene cuerpo, sino que es producto de las interacciones.

Así, desde la cibernética la interacción es el fundamento del sistema; el intercambio de información o comunicación, el objetivo, y la entropía o desorden inherente a la condición humana, el enemigo.

Sin embargo, a partir del análisis de *Blade Runner* confirmaremos que, cuando el futuro nos alcanzó, pudimos comprobar la profecía de Dick, ya que la creencia de que el sistema podía obtener la autorregulación, disminuir la entropía y eliminar la interioridad, se desvaneció prontamente, en tanto la historia demostró que la entropía opera de maneras muy complejas dentro del sistema; sobre todo cuando entra al servicio del poder gubernamental y la ambición humana. De ahí la imposibilidad de que la utopía cibernética se realizara.

Por lo anterior, se puede reconocer que la utopía cibernética no sólo fue un programa fallido que se corrompió gracias al propio ser humano, sino que es el origen del caos que domina nuestra sociedad actual. Es decir que, como la cibernética determinó la estructura y la lógica sobre las que está basada la era tecnológica que vivimos en el siglo XXI, y como sus fundamentos residen en otorgar todo el control al sistema, el ser humano se encuentra perdido en un berenjenal informático donde no encuentra rumbo claro. Y es hasta ahora que podemos experimentar los efectos nocivos de la realización y la perversión de un sistema constituido por elementos informáticos que apenas imaginaba Wiener a mediados del siglo XX.

El fracaso reside en que, a la inversa de lo que pensaban sus fundadores, la sociedad cibernética no produjo la transparencia, liberación ni equilibrio esperados porque el Estado se apropió casi totalmente del sistema, y en lugar de que el sujeto se emancipara a través del mismo, se hizo dependiente y manipulable.

Y aunque habría que reconocer que algunos de los objetivos de la cibernética sí fueron llevados a cabo

–uno de los más importantes consiste en que internet sí posibilitó una forma diferente de relacionarnos, que facilitó el contacto inmediato, y de lidiar con el poder, pues fundó ciertas condiciones de posibilidad para gestionar movimientos, intercambios y formas de organización de resistencia como Wikileaks o Anonymous–, sabemos que lamentablemente las instituciones gubernamentales y económicas supieron arreglárselas para dominar gran parte de la red global, y con ello la pesadilla de Wiener se hizo realidad, pues cuando la información se volvió mercancía, se eliminó la dimensión comunicativa de la misma, la entropía proliferó y el sistema se volvió a corromper.

Pero no es posible responsabilizar a la utopía cibernética del fracaso, pues en realidad la ciencia en sí misma,



Wiener sabe que la condición del ser humano es entrópica y, por ello, para liberarlo de sus tendencias autodestructivas, el sistema debe estar lo más controlado posible por máquinas que limiten el caos. En otras palabras, Wiener sabe que debe artificializar al humano para poder moderarlo, pero eso implica despojarlo de muchas de sus cualidades inherentes, entre ellas su libertad

como proyecto, no es la causante del problema, sino sólo la vía que condujo al ser humano a perderse en el laberinto tecnológico que caracteriza el siglo XXI. En realidad, el problema reside en que la condición humana padece de una tendencia tan fuerte a la entropía que todo programa, por más perfecto que sea a nivel abstracto y formal, se corrompe en su aplicación real. Además, como esa tendencia autodestructiva es tan fuerte, le hace necesitar de programas artificiales de los que después le es muy difícil escapar, porque se hace dependiente de ellos.

En consecuencia, actualmente el ser humano se encuentra en una trampa informática, ya que no confía en sus propias facultades, que ha ido perdiendo paulatinamente por el abuso de las tecnologías, y tampoco puede confiar ya en las máquinas, que además de ser dominadas por el Estado, en cualquier momento son perturbadas por la entropía.

La película

Blade Runner comienza con la aplicación de un examen llamado Voight-Kampff, que sirve para diferenciar a un humano de un “replicante” (androide llamado Nexus 6, construido a imagen y semejanza del ser humano, pero sin emociones y con una caducidad de cuatro años, dado que en su programación existe la posibilidad de que las desarrolle a partir de las experiencias que acumulará con el tiempo).

Esta primera escena nos advierte sobre uno de los temas principales del filme: la falibilidad de la ciencia,

pues ésta no puede predecir ni controlar las transformaciones que la entropía genera en sus creaciones.

Hay un reporte de que varios replicantes se han colado a la ciudad y son peligrosos. Pronto sabremos que la razón de su fuga consiste en haberse percatado de que su muerte está cerca, por lo que deciden buscar a su creador para pedirle más longevidad. Así nos damos cuenta de que las máquinas han desarrollado emociones y sentimientos. Dicho de otra forma, han obtenido su interioridad.

La falibilidad de la ciencia, a la luz de los objetivos cibernéticos del control y la previsión, es evidente en la programación del androide, pues en sentido estricto no debía cuestionar su longevidad ni mucho menos delinquir para alargarla. Es decir, no estaba programado para ello, lo que representa una gran afrenta para la ciencia.

La rebelión evidencia que los inventos tecnológicos padecen de la entropía, manifestada a través de la evolución del algoritmo que les dota de humanidad. Por eso tienen una caducidad tan corta: porque los creadores suponían que las máquinas podrían desarrollar emociones.

El hecho es un agravio fuerte para la cibernética, porque comprueba que las máquinas también fallan, también son presas de la entropía, y con ello el ser humano queda expuesto a su propia condición y pierde toda confianza y seguridad en la ciencia. Esto es un fantasma que está presente en todo el filme, desde la escena donde Bryant, el jefe de policía, presenta los replicantes que debe cazar el Blade Runner: al ordenarle que debe hacer el test, el cazador pregunta: “¿Y si la máquina falla?”.

Recordemos que la pretensión de la cibernética es el autocontrol, mismo que ha imaginado como independiente de la mano humana, y por eso programa algoritmos que se perfeccionen a sí mismos. Sin embargo, esto conlleva dos riesgos importantes: el primero consiste en que la ciencia sabe que no se puede tener control total sobre la evolución de los algoritmos, es decir, no se puede predecir al 100% el devenir del funcionamiento de las máquinas; el segundo, en que como la ciencia parte tanto de modelos matemáticos ideales, formales y abstractos como de modelos reales, como los seres humanos, mientras más perfecto se vuelve el algoritmo, más se asemejará al instinto y más



Deckard aplicando el test Voight-Kampff a Rachel.

humana será la máquina. Después de todo, el lema de la corporación Tyrell, que fabrica los replicantes, es: “Más humano que el humano”.

Así, se presenta en el argumento del filme una paradoja importante de la cibernética: mientras más perfecta sea la máquina, más parecida será al ser humano, y mayores probabilidades habrá de que falle.

En el lema de la corporación, Tyrell muestra claramente la complejidad de esta paradoja, pues pretender ser “más humano que el humano” es una idea fundamentalmente humanista, que toma sólo lo positivo y evade lo negativo de la propia condición. Así, para el optimismo científico, ser más humano que el humano significa ser más fuerte, más inteligente, más productivo, etcétera; es decir, todo lo que el humano no puede ser pero aspira a realizar, y se ignoran los aspectos perniciosos que también son parte de su disposición.

No obstante, hay que recalcar que para la cibernética la máquina siempre ha sido una apuesta científica, en tanto que puede generar desde los mayores beneficios hasta los mayores riesgos. Y esa incertidumbre fue lo que provocó que Wiener intentara sistemáticamente frenar la entropía, no eliminarla o negarla, pues sabía que, al ser parte de la condición humana, sólo había posibilidad de limitarla para sostener la armonía ideal del sistema por tiempos prolongados.

Desde su fundación, parece que el ideal cibernético se basó en tomar lo mejor de ambos mundos: la inteligencia humana y la inmunidad artificial. Pero al mismo tiempo, como su modelo de ser vivo era el humano, y su creador también, tendió hacia la falibilidad, y sus inventos no pudieron evitar caer en la paradoja que implica la humanización; efecto que se podría llamar una contradicción programada de la máquina.

La paradoja es clara en la escena donde los replicantes destruyen a sus creadores: se podría decir que justo cuando comienzan a humanizarse, a tener sentimientos y a querer vivir más, es decir, cuando adquieren una dignidad humana, es cuando se vuelven más “inhumanos”; lo humano es contradictorio precisamente porque, a pesar de sus facultades, padece de la entropía. Aspira a lo divino y al mismo tiempo roza en lo prosaico.

El otro tema importante es la noción de la libertad, que desde la cibernética se vuelve muy ambigua. Ya se ha mencionado que para Wiener era importante



El parricidio del doctor Tyrell.

Desde su fundación, parece que el ideal cibernético se basó en tomar lo mejor de ambos mundos: la inteligencia humana y la inmunidad artificial. Pero al mismo tiempo, como su modelo de ser vivo era el humano, y su creador también, tendió hacia la falibilidad, y sus inventos no pudieron evitar caer en la paradoja que implica la humanización

instituir un sistema autorregulado que nos permitiera emanciparnos del Estado y generar nuestras propias informaciones y recursos, con el afán de liberarnos del control gubernamental y hacernos más independientes. Pero podemos reconocer que lo que realmente generó la tecnologización y la implementación de los sistemas fue lo contrario: una esclavitud donde el humano no puede ya vivir sin las máquinas; su mundo está acotado por ellas y el Estado las controla.

En *Blade Runner* se nos presenta la reflexión sobre las condiciones de posibilidad de una libertad futura sobre las bases de la tecnología cibernética. Es una pregunta difícil de responder, porque implica reconocer que en el siglo XXI nuestras posibilidades de acción dentro del sistema han cambiado, nuestras facultades se han disminuido y nuestras necesidades están acotadas por las propias herramientas tecnológicas. Hemos confiado tanto en el discurso de la ciencia, en la idea de que el futuro es ineludible y en la necesidad de los nuevos descubrimientos, que nos hemos detenido poco a pensar sobre las implicaciones de la tecnología en nuestra

vida cotidiana. Por tanto, la pregunta sobre la libertad es muy difícil de contestar en una época donde estamos limitados por innumerables medios de comunicación que determinan nuestro devenir cotidiano.

Por otra parte, en el filme, Tyrell es un genio de la ingeniería genética que bien podría representar a alguno de los fundadores de la cibernética, cuyo objetivo es mejorar las condiciones de vida de los humanos al crear seres artificiales. Sin embargo, justo porque las máquinas que crea son cuasihumanas, se nos presenta el dilema sobre los límites de lo humano; sobre el lazo, el compromiso y la solidaridad que podemos generar para con los objetos que nos rodean. Elementos que se ven plasmados en la relación de Deckard, el Blade Runner, con Rachel, la replicante.

Éste es sin duda un tema de suma importancia, ya que actualmente estamos tan acostumbrados a la tecnología que podríamos afirmar que estamos más cerca de un *smartphone* que de una persona; que tenemos una relación más íntima con una *tablet* que con un vecino, y nuestros lazos se están convirtiendo en virtuales porque sólo los llevamos a cabo a través de una red y un artefacto tecnológico. Es decir, hemos perdido el contacto físico con los otros seres humanos, y con ello parte de nuestra interioridad y nuestras facultades. Y si esto sucede a principios del siglo XXI, y muy pocos nos percatamos de ello, ¿qué podemos esperar del vínculo social en 50 años?



Roy Batty, líder de los replicantes, antes de morir.

La pregunta es pertinente si nos cuestionamos las razones por las que Deckard, un tipo decadente, solitario y adusto, se enamora de una replicante en lugar de una humana. Muchas respuestas surgirán, pero es preciso subrayar un fenómeno muy actual: el ser humano se relaciona cada vez más fácilmente con la tecnología, y cada vez menos con sus semejantes.

Por otra parte, los temas de la responsabilidad social del científico y su ética son también muy importantes en el filme. Sabemos que es complicado tener un panorama holístico al momento de crear un nuevo artefacto tecnológico, cuyo único propósito consciente es mejorar a la humanidad. Sin embargo, la pregunta debe estar presente en cualquier patente, puesto que es preciso al menos imaginar los efectos negativos que cualquier invento pueda acarrear, y pensar en soluciones para los mismos en caso de que se presenten en el futuro.

Ya se ha dicho que la idea de la responsabilidad científica surgió a mediados del siglo XX, cuando los científicos fueron utilizados para crear armas de destrucción masiva y se percataron de que, a pesar de estar contribuyendo positivamente a sus disciplinas, sus resultados no estaban generando un beneficio social sino particular, que hizo mucho daño a la humanidad.

En el caso de *Blade Runner*, la creación de androides por parte de la Corporación Tyrell se avoca principalmente a la mejora de la civilización, facilitando al ser humano la realización de tareas difíciles; pero en ese afán de perfeccionamiento de los androides existe un riesgo importante que parece inadvertido.

Ante esto habrá que subrayar que, como el ritmo y la velocidad con que avanza la tecnología son impresionantes, habría que analizar si realmente necesitamos los progresos; si son útiles, si son indispensables, y si las mejoras que procuran valen el riesgo que implica su utilización, en tanto que a la larga siempre hacen daño al propio sistema.

También está presente la sospecha de que la ciencia no opera en aras del mejoramiento humano, sino de los intereses económicos del sistema dominante. Por consiguiente, habría que poner una pausa a la producción científica, o si no es posible, al menos al consumo de los instrumentos tecnológicos, y meditar sobre nuestras necesidades reales y las consecuencias de la tecnología en la vida cotidiana. Desde el invento más banal e in-

útil hasta el proyecto más loable y funcional implican grandes probabilidades de que la máquina se salga de control y resulte contraproducente para la armonía del sistema. Los dos ejemplos más comunes son las contingencias que surgen inevitablemente en la programación y el abuso que hacemos de las tecnologías, al no saber poner límites al utilizarlas.

El ejemplo de semejante descuido y sus contingencias en el filme se presenta cuando, a pesar de que Tyrell sospechaba que los replicantes adquirirían sentimientos y emociones –y por eso les dio sólo cuatro años de vida–, nunca imaginó que se rebelarían en contra de su creador al grado de asesinarlo y poner en peligro el programa humano. Quizá el problema reside en aquello que ya se ha mencionado sobre el humanismo ingenuo del científico, que piensa siempre positivamente y evade –al menos temporalmente o a través de mecanismos aleatorios y poco seguros, como la caducidad de los replicantes– la dimensión funesta de toda creación.

Y es muy curioso que esta dimensión se desdeñe sistemáticamente, pues los ejemplos de la rebelión de los hijos pródigos datan desde la Antigüedad, con los autómatas creados por Hefesto, Prometeo, el Gólem, Frankenstein, etcétera (Chimal, 2007, pp. 12-16).

De hecho, Tyrell no imaginó que los replicantes desarrollarían en tan poco tiempo más propiedades de las que les otorgó, pues mientras los diseñaba sólo pensaba en aplicar sus descubrimientos científicos para crear una mejor humanidad. A partir de tal descuido, habrá que pensar entonces qué será de nuestra civilización en unas cuantas décadas, al ritmo desenfrenado actual, con el auge y el uso indiscriminado de las nuevas tecnologías.

Hay también algunos efectos colaterales de la cibernética que se pueden reconocer en el filme. Uno de los más importantes consiste en la reflexión que plantean José Javier Marzal y Salvador Rubio sobre la cuestión de a dónde puede conducirnos la imparable e indiscriminada carrera por la dominación del entorno y de la vida a través de la tecnología (Marzal y Rubio, 2002, p. 47).

La discusión se bifurca en dos sentidos: una posibilidad es la pérdida del científico en la avidez por generar nuevas tecnologías para dominar la naturaleza; la otra, es la pérdida del usuario en adquirir dichas tecnologías para pertenecer al mundo actual. Para ambos habría que hacer una advertencia, pues como nadie puede

controlar el devenir de sus creaciones, ni de los objetos que adquiere para el uso cotidiano –independientemente de que no tengan facultades humanas ni desarrollen algoritmos internos–, sus implicaciones pueden ser totalmente nefastas para la vida misma y la civilización. E incluso, muchas veces pueden operar en contra de su propósito inicial –como cuando los replicantes destruyen lo que debían preservar– y mostrarnos que la entropía no sólo es una cualidad interior de los seres humanos, sino que es una fuga de energía que sabotea también a las máquinas.

Otro tema colateral es el ideal de inmortalidad que la ciencia ha desarrollado, y que en *Blade Runner* se hace patente con la invasión de los replicantes. La inmortalidad es un anhelo que a través del tiempo los seres humanos hemos traducido en diversas ficciones, tanto literarias como científicas. Pero es también una aspiración que se ha vuelto realidad, sin que haya sido un propósito deliberado, a partir de la cibernética. Recordemos que para Wiener el *Homo comunicans* debía ser un elemento del sistema, que despojado del cuerpo no tenía más remedio que volverse virtual.

Actualmente podemos vivir una inmortalidad virtual a través de una pantalla; son los avatares, las cuentas de correo y las redes sociales las que nos proveen de ella. Pero, como pasa con toda nueva tecnología, aún no asimilamos cuáles son las consecuencias de volvernos inmortales. Todavía no comprendemos lo nociva que puede ser una identidad falsa que perpetúa nuestra imagen en internet.

El penúltimo tópico que quiero mencionar es el nuevo estatuto de la memoria, facultad que en la película es implantada artificialmente en los replicantes para generar la ilusión de una existencia humana, de experiencias y recuerdos compartidos.

Para entender la importancia de la memoria debemos pensarla como una de nuestras facultades que más se han transformado en los últimos años, pues llevamos apenas unas décadas con tecnologías que nos facilitan el acceso a datos como números telefónicos, fechas importantes e información personal, y ya padecemos de olvidos constantes.

Esta facultad de la que los antiguos se vanagloriaban, porque sostenía la identidad y los mantenía alejados de la locura, ha sufrido un menoscabo gracias a

las nuevas tecnologías. Y el problema es tan invisible que puede parecer banal decir que investigaremos alguna información en Google; pero esa práctica, sistematizada a través de los años, acaba por deteriorar e incluso sustituir nuestra facultad retentiva original, que cae en desuso y se atrofia. Quizá la metáfora del replicante sea también la del hombre del futuro, que precisará de implantes artificiales para poder recordar algo y advenir alguien.

La última cuestión, que no puedo obviar porque nos permite pensar en el estatuto ontológico de los sujetos del siglo XXI, es la identidad.

La identidad es un problema para el futuro, porque si a principios del siglo XXI tenemos abundantes problemas de usurpación de identidad y juegos de identidad, producto de la facilidad con la que las nuevas tecnologías nos permiten abrir una cuenta virtual sin registrarnos, imaginemos lo que será en el futuro.

La pregunta trillada sobre si Deckard es humano o replicante, y la conclusión a la que nos conduce la versión final del filme, nos permiten ensayar sobre el tema.

Mi postura es que la pregunta por la identidad del Blade Runner es un falso dilema que nos permite ensayar sobre la profundidad del problema, pues en la versión final hay pruebas suficientes de que Deckard es humano. El origami es la clave: desde el principio funge como la descripción de Deckard por parte de Gaff en cada escena donde lo acompaña. La escena inicial de la detención y la consecuente entrevista con Bryant nos muestra que Gaff hace una gallina cuando Deckard renuncia y pretende marcharse; posteriormente Gaff hace un hombre con el pene erecto, tratando de describir lo que Deckard experimentó al ver los vestigios de Zhora en la tina, y al final Gaff deja un unicornio en la casa de Deckard y éste lo encuentra cuando está a punto de escapar con Rachel, la última replicante viva que se supone él debe matar. ¿Sería disparatado interpretar que al ser el unicornio un animal mitológico que representa la libertad, Gaff lo deja ahí para que Deckard se entere de que no los perseguirá? La mueca de Deckard cuando ve el unicornio y recuerda la voz de Gaff es para mí concluyente. Por eso me inclino por esta tesis: Rick Deckard es humano y el unicornio significa la luz verde que Gaff le da para fugarse.



Quizá en la actual época de la virtualidad, deberíamos ser un poco más exigentes a la hora de adoptar una nueva identidad en la red y aceptar alguna identidad como amigo. Asimismo, sería conveniente practicar un método de comprobación similar al aquí utilizado. Pues en la medida en que tengamos mayor cuidado y control al momento de relacionarnos con nuestros congéneres, mayor seguridad tendremos al establecer vínculos sociales.

La tesis de que Deckard es un replicante constituye un ejemplo del descuido y la ligereza con la que nos tomamos las cosas actualmente, pues se basa en el entendido de que, como Deckard sueña con unicornios y Gaff deja un unicornio en su casa, quiere decir que sabe sobre sus sueños, lo que sólo puede pasar con un replicante. Además, hay otro argumento en que se basa la confusión producida por una declaración irresponsable de Ridley Scott, el director del filme, que años después, por querer tapar el error de secuencia en el que se presentaban seis replicantes y sólo aparecían cuatro, declara que el otro era Deckard. Craso error que fue enmendado después, en su versión final, donde el diálogo de la versión cinematográfica de 1982 es alterado, pues en la escena donde Bryant le presenta a Deckard el asesinato de Kowalski por Leon, le dice que escaparon seis replicantes y uno se electrocutó, por lo que quedan cinco; eso es lo que hizo que por años los espectadores pensaran que el quinto era Deckard. Y el error había sido del director, al no haber filmado la muerte de una quinta replicante que no apareció en el filme.

La referencia a la confusión me sirve para sugerir la extrema laxitud con la que se dicen y se publican, en



la era virtual, opiniones que pasan por verdades, gracias al descuido y el desinterés que tenemos por comprobar la veracidad de lo dicho y de quien lo dice. Al final, la falta de responsabilidad y de hábitos argumentativos permiten que cualquiera diga lo que sea sin consecuencias aparentes.

De hecho, en esa misma escena, pero en la versión final, hecha varios años después, Scott modifica el diálogo que ahora dice que dos murieron electrocutados. Así de simple se resuelve el malentendido, por lo que Deckard no es un replicante, al menos desde la versión final del director.

En última instancia, lo que importa no es qué sea Deckard, sino qué posibilidades tiene de sobrevivir en un mundo apocalíptico como ése, donde no hay esperanzas de vida para nadie; donde la entropía se ha mimetizado con la tecnología y no existe más la posibilidad de vivir en condiciones humanas. ¿Será que nuestro mundo pronto enfrentará los mismos problemas?

Conclusiones

Recapitulando a la luz de *Blade Runner* y el mundo cibernético, debemos hacernos varias preguntas: ¿es posible un mundo lleno de tecnología pero sin humanidad?, ¿qué tipo de seres podrán sobrevivir en ese mundo: humanos o replicantes?, ¿la artificialidad será capaz de eliminar todo vestigio de sensibilidad humana?, ¿qué diferenciará a los humanos de los no humanos?, ¿es necesario seguir construyendo máquinas que terminarán por deshumanizarnos y controlar nuestro universo?

Blade Runner es una gran reflexión sobre la futilidad de la vida moderna y sobre cómo nos empeñamos en estar vivos. El discurso final de Roy es paradigmático: “todos esos momentos se desvanecerán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia”. Eso es lo que pasará con todas nuestras experiencias.

Quizá la reflexión nos lleve a asumir nuestra condición de mortales, en lugar de pretender lograr la inmortalidad a través de artilugios tecnológicos que a la larga le hacen más daño a nuestra vida, por corta o larga que sea.

Sin duda, una de las tesis implícitas en el filme es que todo organismo vivo se rehúsa a morir, pero al mismo tiempo tiende hacia la muerte. La entropía es la muestra más fehaciente de esa doble tendencia, pues por una parte es un impulso vital incesante que mantiene al individuo en movimiento y por otra lo conduce a la destrucción.

La última frase de Gaff es perfecta para expresar los alcances de la tesis anterior: “Rachel debe morir pero, al final... ¿quién sobrevive?”. Y es verdad: este ensayo termina aquí, habiendo tantas cosas por decir todavía. Así que habrá que resignar esa energía y asumir la pérdida, porque toda creación está destinada a no trascender en el tiempo. Aunque al final, ¿no es la necesidad de trascendencia lo que nos permite soñar con un futuro no apocalíptico?

Aliber Escobar es doctorante en filosofía moral y política, maestro en psicoanálisis y cultura, y licenciado en Ciencias de la Comunicación.

aliberesco@gmail.com

Bibliografía

- Bassa, Joan y Ramón Freixas (1993), *El cine de ciencia ficción*, Barcelona, Paidós.
- Breton, Philippe (2000), *La utopía de la comunicación*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Burgos, Jesús Alonso (2011), *Blade Runner. Lo que Deckard no sabía*, Madrid, Akal.
- Chimal, Carlos (2007), *La cibernética*, México, CNCA.
- Marzal Felici, José Javier y Salvador Rubio Marco (2002), *Guía para ver y analizar Blade Runner*, Barcelona, Octaedro.
- Wiener, Norbert (1985), *Cibernética*, Barcelona, Tusquets.